

CRITERIOS Y MODALIDADES PARA LA FORMACIÓN DE LOS FIELES LAICOS EN EL COMPROMISO POLÍTICO

*Prof. Guzmán Carriquiry Lecour
Subsecretario
Pontificio Consejo para los Laicos*

Una nueva generación de fieles laicos en la política

El Santo Padre Benedicto XVI manifestó en diversas ocasiones la necesidad y la urgencia de un renovado compromiso de los católicos en la vida política. En el discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Aparecida, se dirigió a aquel “continente de bautizados” con las siguientes palabras: «El respeto de una sana laicidad —incluso con la pluralidad de las posiciones políticas— es esencial en la tradición cristiana. Si la Iglesia comenzara a transformarse directamente en sujeto político, no haría más por los pobres y por la justicia, sino que haría menos, porque perdería su independencia y su autoridad moral, identificándose con una única vía política y con posiciones parciales opinables. La Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido. [...] Formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector. Y los laicos católicos deben ser conscientes de su responsabilidad en la vida pública; deben estar presentes en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias. [...] Por tratarse de un continente de bautizados, conviene colmar la notable ausencia, en el ámbito político, comunicativo y universitario, de voces e iniciativas de líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada, que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas»¹.

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 25 de mayo de 2007, p. 10.

Otra intervención en este campo muy significativa fue la que el Papa expuso durante su visita pastoral en Cerdeña. Una tarea muy importante – dijo Benedicto XVI – es la formación «una nueva generación de laicos cristianos comprometidos» que sean «capaces de evangelizar el mundo del trabajo, de la economía y la política»².

Aún más explícita fue la invitación dirigida a los participantes de la XXIII asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos, el 15 de noviembre de 2008: A los laicos «les corresponde – afirmó el Santo Padre - dar testimonio de la caridad, especialmente a los más pobres, a los que sufren y a los necesitados, así como asumir todos los compromisos cristianos destinados a crear condiciones de justicia y paz cada vez mayores en la convivencia humana, de modo que se abran nuevas fronteras al Evangelio. [...] De modo particular, reafirmo la necesidad y la urgencia de la formación evangélica y del acompañamiento pastoral de una nueva generación de católicos comprometidos en la política, que sean coherentes con la fe profesada, que tengan rigor moral, capacidad de juicio cultural, competencia profesional y celo de servicio para el bien común»³.

Y recientemente, en Lisboa, Benedicto XVI se dirigió a los obispos portugueses con este llamamiento: «Los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo. Se necesitan auténticos testigos de Jesucristo, especialmente en aquellos ambientes humanos donde el silencio de la fe es más amplio y profundo: entre los políticos, intelectuales, profesionales de los medios de comunicación, que profesan y promueven una

² BENEDICTO XVI, *Discurso durante su visita pastoral a Cagliari (Italia)*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. italiana, 8 – 9 de septiembre 2008.

³ BENEDICTO XVI, *Discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos*: en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 21 de noviembre de 2008, 3.

propuesta monocultural, desdeñando la dimensión religiosa y contemplativa de la vida»⁴.

Todavía se podrían añadir otras citas en este mismo sentido, pero éstas son suficientes para ser conscientes de la necesidad que el papa Benedicto XVI siente de convocar a los fieles laicos para que sean, en modo renovado, testigos de Cristo en la comunidad política, al servicio del bien común.

El hecho que el Santo Padre pida explícita y reiteradamente la formación de una nueva generación de fieles laicos en la política pone objetivamente la cuestión de cuáles pueden ser los criterios y las modalidades adecuadas de esta formación. Este es precisamente el tema de mi ponencia.

Una invitación dirigida especialmente al laicado católico

Esta conciencia apremiante, manifestada por el Santo Padre, es una fuerte llamada dirigida al laicado católico. Si la novedad cristiana, que viene del bautismo, define radicalmente a los fieles laicos, entonces ésta se caracteriza, como modalidad singular, por una “índole secular”. Toda la Iglesia tiene una dimensión secular, pero el “mundo” es especialmente el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos. Como discípulos y testigos de Cristo, los fieles laicos viven su vocación cristiana y misionera en las condiciones ordinarias de la vida personal, familiar y social⁵. El matrimonio y la familia, el trabajo, la educación, la cultura y la comunidad política son dimensiones fundamentales de la vida de las personas en la sociedad, son ámbitos de la misión para la adhesión concreta al Evangelio y cuestiones cruciales en donde está en juego la dignidad de la persona, la convivencia en el seno de los pueblos y la calidad de vida de las naciones. Por ello, son bancos de prueba del

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso durante el encuentro con los obispos de Portugal, en Fátima*: en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 23 de mayo de 2010, 11.

⁵ Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 31; *Gaudium et Spes*, 43; *Apostolicam Actuositatem*, 2, 5, 7; cfr. También la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, 15, 16, 17.

servicio de los fieles laicos hacia la persona y la sociedad⁶. Esta es la enseñanza del Concilio Vaticano II, retomada por la carta apostólica *Evangelii Nuntiandi* y la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*.

En muchas ocasiones, tanto los papas como numerosos obispos, han manifestado su preocupación por la desproporción que existe entre la participación activa y generosa de muchos fieles laicos en la edificación de las comunidades cristianas, asumiendo responsabilidades, cargos y ministerios, y cierta diáspora poco relevante y significativa del laicado en el ámbito político y cultural de nuestro tiempo⁷. No se trata de hacer una contraposición sistemática *ad intra* y *ad extra*, sino de señalar este déficit de presencia. Incluso se ha hablado de “clericalización” de los laicos cuando empezaban a calmarse las olas tempestuosas de la secularización de los clérigos. La insistencia renovada con la que el Concilio Vaticano II y los pontífices han subrayado en lo sucesivo esta tarea peculiar e insustituible de los fieles laicos, parece indicar que esto aún requiere el empleo de ulteriores esfuerzos en la educación y su realización efectiva.

Si «el deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad» no es, en primer lugar, propio de la Iglesia como tal, sí lo es de los «fieles laicos como ciudadanos del estado», que participan «en primera persona en la vida pública» y cooperan «con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad»⁸. Son llamados a «penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven»⁹.

⁶ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, parte II, 46 ss.; JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, 36-44.

⁷ Cfr. *Christifideles Laici*, 2.

⁸ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est*, n.º 29.

⁹ PABLO VI, Carta encíclica *Populorum Progressio*, n.º 81.

Esto es todo lo contrario de una caricatura de “fuga mundis”, de cualquier forma de repliegue eclesiástico o de anonimato mundano por parte de los fieles laicos.

Un déficit de presencia

El Concilio Vaticano II había recordado, en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, la importancia del compromiso de los laicos en la política: «La Iglesia alaba y estima la labor de quienes, al servicio del hombre, se consagran al bien de la cosa pública y aceptan las cargas de este oficio [...] Los cristianos todos deben tener conciencia de la vocación particular y propia que tienen en la comunidad política; en virtud de esta vocación están obligados a dar ejemplo de sentido de responsabilidad y de servicio al bien común»¹⁰. La exhortación apostólica *Christifideles Laici* corroboraba veinte años después, dirigiéndose a los fieles laicos, que «todos y cada uno tienen el derecho y el deber de participar en la política, si bien con diversidad y complementariedad de formas, niveles, tareas y responsabilidades»¹¹. Asimismo, en la *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en el año 2002, se señala que ellos no pueden abdicar de «la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común »¹². Las sucesivas recientes intervenciones de S.S. Benedicto XVI han invitado con una renovada urgencia a los fieles laicos a participar en la política.

Es verdad que se hace indispensable tener una visión amplia de la política más allá de los límites estrechos, que generalmente la limitan a los partidos e instituciones políticas, como también a los procesos electorales. La política es una dimensión de

¹⁰ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n.º 75.

¹¹ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n.º 42.

¹² CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, 24 de noviembre de 2002, n.º 1.

toda la actividad humana que lleva a reconocer y realizar el bien común de la sociedad, a construir un orden justo, y en esta perspectiva ningún ámbito de la vida social puede sustraerse a ella, porque los atraviesa todos. Si se amplía así el ámbito de la política, se puede afirmar que la Iglesia misma vive esta dimensión política y contribuye al bien común, y que los fieles laicos se preocupan de realizarlo en las más diversas actividades de la vida social. De hecho, hay una fuerte presencia de católicos en lo que la doctrina social de la Iglesia llama “cuerpos intermedios”, o que hoy tiende a llamarse “sociedad civil”, mediante su participación en diferentes organizaciones no gubernativas e iniciativas de voluntariado, en corporaciones profesionales y organizaciones sindicales, en diversas comunidades civiles a nivel local, en asociaciones y obras con diferentes finalidades educativas, culturales, sanitarias, asistenciales y caritativas, en empresas de diferentes tipos, en redes ideales de solidaridad y cooperación, etc.

Los llamamientos de S.S. Benedicto XVI parecen referirse e invitar al compromiso político *tout court* de los cristianos, lo que significa suscitar y sostener vocaciones específicas que impulsen a más cristianos a comprometerse en las instituciones políticas con el tesón, el sacrificio, el sentido de gratuidad y la solidaridad, con la pasión y la competencia, la paciencia y la visión de futuro que conlleva este compromiso. Es a este nivel que se advierte aquel déficit de presencia. Baste sólo citar, a modo ilustrativo, lo que indicaba el papa Benedicto XVI a los obispos brasileños en São Paulo, hablando especialmente de los cristianos: «Es preciso trabajar incansablemente en favor de la formación de los políticos»¹³, o lo que afirman los obispos latinoamericanos en su V Conferencia General en Aparecida: «Si muchas de las estructuras actuales generan pobreza, en parte se ha debido a la falta de fidelidad a sus compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económica y culturales»¹⁴. En su reciente libro *Render*

¹³ BENEDICTO XVI, *Discurso durante el encuentro con el episcopado brasileño en la catedral de São Paulo*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 18 de mayo de 2007, 11.

¹⁴ CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento Conclusivo*, n.º 501.

Unto Caesar, que tiene como subtítulo “Servir a la nación viviendo nuestro credo católico en la vida política”, el obispo de Denver, Mons. Charles Chaput, señala que los católicos en los Estados Unidos son 69 millones, es decir una cuarta parte de la población, y que en el Congreso hay más de 150 parlamentarios que se declaran como tales, mientras que en el Senado los católicos son uno de cada cuatro y en la Corte Suprema son mayoría... «Pero ¿qué diferencia hay?»¹⁵.

Alguien podría preguntarse, parafraseando a Stalin, ¿dónde están las divisiones del Papa? ¿O dónde se encuentran nuestros Tomás Moro, obedientes a la legítima autoridad, pero sobre todo a la ley inscrita por Dios en la conciencia del hombre, fuente de auténtica libertad? ¿Dónde están nuestros Adenauer, los De Gasperi, los Monnet, los Schumann, que allanan el camino hacia la reconciliación, reconstrucción, integración y cooperación entre los pueblos? ¿Cuáles son las respuestas políticas que los cristianos sostienen y promueven como contribución original y eficaz para enfrentar nuevos caminos de desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres frente a las enormes cuestiones y desafíos que se plantean actualmente? Es verdad, no faltan testimonios de cristianos que son motivo de estímulo, esperanza e incluso admiración, pero no se advierten fuertes corrientes y movimientos de un renovado compromiso de fieles laicos en el campo de la política.

Hoy más que nunca hacen falta en todas partes dirigentes políticos verdaderamente comprometidos por el bien del propio pueblo y especialmente de los sectores más necesitados y discriminados, que no antepongan sus intereses individuales al bien común, que tengan siempre como guía la defensa y promoción de la dignidad de la persona humana, con el “carisma” y la experiencia de ponerse en sintonía con la sabiduría, el sufrimiento, las necesidades y las esperanzas del cuerpo social, con las competencias que requieren el gobierno de sociedades cada vez más complejas, con la capacidad de juicio sobre la historia del propio país en el contexto

¹⁵ CHARLES CHAPUT, *Render Unto Caesar: Serving the Nation by Living our Catholic Beliefs in Political Life*, Doubleday/Random House, Nueva York, 2008.

regional y mundial, con un diseño que vaya más allá del pequeño cabotaje. Se necesitan políticos libres de toda tendencia al autoritarismo y violencia, amantes de la auténtica libertad, con la magnanimidad de los que buscan una mayor justicia y verdad junto con la reconciliación y el perdón, capaces de sumar ideales e intereses por una mayor implicación, movilización y participación democrática de las personas, familias, cuerpos intermedios, fuerzas sociales, culturales y religiosas en la construcción de la nación. Si esto es justo pedírselo a todos los políticos, entonces hay que pedírselo también a los cristianos empeñados en la vida política. Mejor dicho, más allá de toda degeneración de la política y alejamiento de ella que esto provoca, los fieles laicos están invitados a implicarse en este servicio noble, vivido y rehabilitado en su más alta dignidad, que es la de ser una forma singular de actuación de la caridad, es decir una respuesta al amor de Dios en el amor por los hombres, especialmente por los “prójimos” compatriotas, que es testimonio de pasión por la vida y el destino del propio pueblo, al servicio del bien común.

Ante todo, ¡formar los *christifideles*!

A pesar de ello, de los llamamientos del Santo Padre se sacarían interpretaciones y consecuencias erróneas si se tradujese esta invitación y se respondiera a tal urgencia concentrando energías, programas e instrumentos de la Iglesia para la formación de buenos políticos. ¡No! La formación de los políticos se realiza en el ámbito de las instituciones y de la praxis de la política, del mismo modo que la formación de los ingenieros, abogados y arquitectos se realiza en el ámbito de centros universitarios competentes y en la continua praxis profesional. Los intentos de algunas instancias eclesíásticas de formar políticos entre los cristianos, según programas teóricos, normalmente han conducido al fracaso o no han dejado huella. Aquí y allá, en las recientes décadas pasadas, algunas Iglesias locales han creado escuelas para la formación política, pero los frutos resultan irrelevantes.

Esta no es la misión de la Iglesia, que ni siquiera goza de una competencia especial en esta materia. Ella no está llamada a comprometerse en modo prioritario a formar buenos ciudadanos y buenos políticos, como la medida mundana espera de ella, reduciéndola así a una “religión civil”.

Las llamadas moralistas del tipo “hay que comprometerse en la política” ya no tienen el agarre que tenían en las generaciones del inmediato postconcilio, en plena euforia de la “apertura al mundo” y del protagonismo de los laicos comprometidos y militantes, impulsados por altas mareas de politización y fuertes vigencias ideológicas en el ápice de los mesianismos secularizados, dispuestos a “la transformación global de las estructuras”. Hoy prevalece el desencanto y la desconfianza en la política, mientras que el utilitarismo domina. Además, los mandatos categóricos, a modo de exhortaciones morales, raramente conmueven el corazón de la persona, movilizan su inteligencia o cambian su vida. A menudo quedan como declamaciones retóricas para una buena conciencia, sin consecuencias reales.

La formación de los políticos no es competencia de la Iglesia, ni siquiera prioritariamente la de políticos cristianos. Su misión es la de generar de las aguas bautismales “criaturas nuevas” convertidos en hijos e hijas de Dios, ungidos por el Espíritu Santo, participes de la muerte y resurrección de Jesucristo, miembros de su Cuerpo. Su misión es hacer crecer “hombres nuevos” y “mujeres nuevas”, cada vez más configurados en Cristo, con-formados a Él, en la comunión de sus apóstoles y discípulos. Su misión es la de reconducirlos, una y otra vez, a que encuentren la dignidad, la belleza, la gratitud, la alegría y la responsabilidad de ser cristianos.

Cualquier intento de responder a la invitación del Papa, de formar una nueva generación de católicos en la política que no comience a partir de esto y que no se base en esto, que descuide este núcleo esencial y que no esté inserto dentro de este

itinerario educativo de los *christifideles*, está condenado al fracaso. De hecho, a menudo resultan bastante patéticos los intentos y esfuerzos en nuestras comunidades cristianas de sacar de la vida de los laicos las consecuencias sociales, culturales y políticas de la fe – como si se tratara de una mera cuestión de coherencia-, mientras que ella misma resulta irreal o irrelevante.

Todos los bautizados deben «recomenzar desde Cristo»¹⁶, hecho que remite a la naturaleza misma, al significado del acontecimiento cristiano en la vida de las personas. Sabemos bien que el cristianismo no es, ante todo, una doctrina, una ideología, ni tampoco un conjunto de preceptos morales, y menos aún un espiritualismo de las “buenas almas”. Es un hecho que sucedió históricamente: el Verbo se hizo carne, el Misterio en el que todo consiste y subsiste ha irrumpido en la historia humana, Jesucristo ha revelado el rostro de Dios, que es amor misericordioso, y al mismo tiempo ha revelado la vocación, la dignidad y el destino de la persona humana y de toda la creación, salvados de la caducidad y corrupción, gracias a su victoria pascual. A toda persona, en todo lugar y tiempo, le ha sido dado ser contemporánea a la presencia de Cristo gracias a su Pueblo, a su Cuerpo, que es la Iglesia, la compañía de sus testigos y discípulos. Por ello, no nos cansamos de repetir las palabras de Benedicto XVI en la encíclica *Deus Caritas Est*: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹⁷. Si falta esto, o si con ligereza se da como presupuesto o por descontado, entonces sucede, como a menudo ocurre, la reducción moralista del acontecimiento cristiano, como si se tratara sólo de un símbolo de compasión por sus semejantes, un edificante voluntariado social, un mero ímpetu ético de complementación funcional para el entramado social disgregado por el fetichismo del dinero, la injusticia y la violencia, apenas un impulso de solidaridad que termina por

¹⁶ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n.º 29 ss.

¹⁷ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est*, n.º 1.

agotarse en el cansancio o por exacerbarse en la indignación, la denuncia y la violencia.

La cuestión prioritaria y fundamental es rehacer la fe de los cristianos. Todos estamos llamados a vivir y volver a vivir la fe como un nuevo comienzo, como aquella novedad sorprendente de vida, esplendor de verdad y promesa de felicidad que remite al acontecimiento que la hace posible y la fecunda.

Sólo aquellos que viven con gratitud y alegría la verdad y la belleza de ser cristianos, se harán de verdad protagonistas de una nueva vida dentro del mundo.

Una sorprendente novedad de la vida

Todo esto es exactamente lo contrario de un cristianismo dissociado de los intereses que tiene la persona, de aquel divorcio entre fe y vida que los Padres del Concilio Vaticano II indicaban como «uno de los más graves errores»¹⁸. «En su existencia – afirma la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici* – no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida “espiritual”, con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida “secular”, es decir la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura»¹⁹. De este modo, el cristianismo termina por ser episódico y fragmentario, apenas residual y finalmente superfluo. Una nueva generación de cristianos comprometidos en la vida política sólo se podrá forjar «si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud»²⁰.

¹⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n.º 43.

¹⁹ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n.º 59.

²⁰ *Ibidem*, n.º 34.

Un verdadero encuentro con Cristo, que se convierte en un fiel seguimiento, un permanecer con Él en comunión, cambia la vida de los que se confiesan cristianos. Nada puede permanecer ajeno a esta *metanoia*, a la conversión y transformación de toda la existencia. Si el encuentro es verdadero, entonces cambia la vida de la persona, marca con su impronta la vida matrimonial y familiar, las amistades y el trabajo, el empleo del tiempo libre y del dinero, el modo de mirar toda la realidad... hasta los mínimos gestos cotidianos. Todo es transformado en más humano, más verdadero, más hermoso, en motivo de alegría y felicidad. Todo es animado por un amor transfigurador, unificador, vivificante. «El que está en Cristo, es una nueva creación» (2 Co 5, 17). El cristianismo es la llamada de Cristo a nuestra libertad; espera en la simplicidad del *fiat*, como el de María, para que, por medio de la sacramentalidad de la Iglesia, se haga carne en nuestra carne.

El encuentro con Cristo despierta los deseos de amor y verdad, de justicia y felicidad, arraigados en el ser de la persona, y, al mismo tiempo, responde a ellos en modo satisfactorio y completo. Le hace descubrir al hombre su propia humanidad, toda su potencialidad humana destinada a la realización. Se comprueba como una experiencia hermosa y ventajosa, adecuada y conveniente para la persona. Con otras palabras, se trata del redescubrimiento, lleno de gratitud, alegría y responsabilidad, del propio bautismo como la más profunda autoconciencia de la dignidad de la persona, disminuida, ofuscada y desordenada por el pecado, pero regenerada por la gracia, destinada a la plena estatura de lo humano en Cristo. El Señorío de Cristo llama a que sea vivido siempre de nuevo en un modo concreto, comprensible, razonable, convincente y conveniente, como certeza que se ha experimentado en la vida, y no como un discurso abstracto y formal.

Es cierto que esta novedad no es el resultado de un mero esfuerzo moral, siempre frágil, de la persona, sino sobre todo del fruto de la gracia, es decir de un renovado encuentro con el Señor que se profundiza en amistad, en comunión y en una

confianza mendicante en el amor misericordioso de Dios, hasta poder exclamar con el apóstol: «Vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20). Así resplandece la fuerza de Cristo en nuestra debilidad. «La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar, será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo, sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vida más conformes a la dignidad humana»²¹.

Sólo los que viven la experiencia de una vida materialmente cambiada por la fe, a pesar de las propias incoherencias y miserias, se convierten en auténticos sujetos que hacen presente el cristianismo en todos los ambientes y actividades de la sociedad.

El cristianismo como inteligencia radical y global de la realidad

La condición para fomentar una renovada presencia de los cristianos en la vida pública es que su existencia tienda a ser transformada por la gracia de Dios y sea animada por Su Evangelio. Pero aún hay más... Esta novedad de vida, que va configurando toda la existencia, genera en la “nueva criatura” una nueva sensibilidad, una nueva modalidad de mirar, discernir y enfrentar toda realidad. En las condiciones de antiguas cristiandades, esta *mens* católica ante los acontecimientos personales, familiares y sociales venía del apego a la tradición, que impregnaba toda la vida social. Esto hoy no es así, en absoluto. Por ello la cuestión de un juicio católico sobre los hechos de la vida personal y social, incluso de la vida política, es una necesidad que no se debe descuidar.

²¹ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles Laici*, n.º 34.

Hoy no faltan los que se declaran católicos, católicos observantes o “practicantes”, pero cuya mirada de la realidad pública de las naciones permanece confinada y empañada por los diafragmas de los poderes políticos, culturales y mediáticos. Nadie puede sentirse excluido de tales influencias. Sería ingenuo y desacertado pretender hacer un juicio adecuado sobre la realidad teniendo – según las palabras atribuidas a Karl Barth – en una mano la Biblia y en la otra el periódico.

Es más, hay gente que considera suficiente hacer una referencia genérica a los “valores evangélicos” o a una “inspiración cristiana”, como un *input* subjetivo para su actuación en la vida política y social. Y hay otros, y esto es lo más insidioso, que piensan que la teología es para el ámbito de la religión, lo que para el análisis de la realidad son las ciencias sociales. De este modo, se desconoce, por un lado, que las teorías y los modelos macrosociales implican, aunque no explícitamente, una filosofía de la historia, incluso una teología, y, por otro lado, disminuye la pretensión de verdad y el contenido cognoscitivo que es propio del cristianismo.

De hecho, si Dios existe y es el *Logos*, es decir la racionalidad originaria y última de toda realidad, ¿cómo no hemos de considerar el sentido religioso como la dimensión más radical, global y decisiva en la existencia de las personas y la sociedad? Construir la sociedad sin Dios es construirla contra el hombre. Y si Dios se ha manifestado en Jesucristo, ¿cómo no debemos considerar el acontecimiento de la encarnación como el hecho más capital de la historia humana, la llave de la inteligencia de toda la realidad? Por ello, concluye el papa Benedicto XVI, «sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano»²². La cuestión crucial es que la inteligencia de la fe sepa estar en la base de la inteligencia de toda la realidad.

²² BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 25 de mayo de 2007, p. 9.

Sabemos que esta pretensión de verdad no se reduce a una fórmula intelectual, a un razonamiento filosófico o a una cosmovisión ideológica, sino que se identifica con una persona que ha dicho de sí misma: «Yo soy la Verdad» (*Jn* 14, 6), “yo” la verdad del cosmos y de la historia, “yo” la llave más radical y total de la realidad, “yo” el significado y el destino de la existencia humana, ¡”yo” el sentido de tu vida! No hay otra alternativa: o es la afirmación de un loco o es sorprendentemente verdadera. A nosotros, los cristianos, que hemos recibido esta revelación del flujo de una tradición viva de 2.000 años y que la hemos experimentado como verdadera en nuestra vida, nos toca, ¡nada más y nada menos!, proponer esta “hipótesis” y demostrar su razonabilidad escuchando, discerniendo e integrando los múltiples acercamientos a la verdad y los signos del bien y de la belleza que se dan en la aventura humana. Los que no creen en esta hipótesis deberían por lo menos aceptarla como punto de partida; rechazar esta posibilidad como hipótesis sería un prejuicio irracional. Pretender imponerla con los medios de la política, en cambio, sería una violencia.

Que Cristo es la “piedra angular” de toda construcción verdaderamente humana, es la certeza que tiene que animar a los cristianos en la vida pública de las naciones y en el orden internacional. Esta aseveración no les exime sino, al contrario, les lleva a captar los “signos del tiempo”, apreciar todo progreso en el campo del conocimiento, de las ciencias y del desarrollo social, a crecer en la competencia, a enfrentar las cuestiones que se presentan en la vida social y política y a elaborar síntesis culturales siempre provisorias, colaborando con los que quieren el bien de la persona, la familia y las naciones. Es una “hipótesis de trabajo” que debe traducirse en argumentaciones racionales y que hay que verificar por la capacidad de persuasión, movilización y consenso en los diferentes ámbitos de la vida pública y en las diversas coyunturas históricas concretas en las que se vive.

Benedicto XVI está llamando a una revalorización de la razón, a su ampliación más allá de los límites del positivismo y el utilitarismo, que se extienda a la mayor dimensión posible hasta el encuentro con la fe, que la sostiene y valora y que «todo lo ilumina con nueva luz»²³.

Cabría esperar muchas más aportaciones en este sentido de parte de las instituciones educativas católicas y, en particular, del trabajo intelectual e interdisciplinar de auténticas universidades católicas.

Conciencia y pertenencia

La conciencia de cada político, y de cada cristiano en la política, permanece siempre y en todo caso el último e inalienable criterio de juicio que nada y nadie puede atropellar. La conciencia, sola ante Dios, se encuentra en la dramática situación de tener que elegir sobre cuestiones que pueden tener una fuerte influencia en la vida y en el comportamiento de los ciudadanos. La conciencia es siempre el último baluarte contra toda tiranía, contra toda disciplina de partido rígida y monolítica, incluso contra todo exceso de clericalismo.

Pero la conciencia nunca es neutral, jamás puede ser arbitraria y está sometida a todo tipo de estímulos y presiones. Por ello, es importante contar con referencias iluminantes a quienes se puede mirar para juzgar la propia acción. Para un cristiano en la política, la conciencia que lo guía debe ser siempre una conciencia creyente, cristiana. Tiene que tratarse de una conciencia informada y formada a la luz de la pertenencia a la comunión eclesial.

Es más, si nuestra certeza como católicos es que Cristo constituye el centro efectivo de la realidad histórica y la piedra angular de toda construcción

²³ CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n.º 11.

auténticamente humana, lo mismo podemos afirmar de la Iglesia católica, su Cuerpo que prolonga su presencia en la historia. La pertenencia al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es la referencia ineludible de todos los fieles como juicio nuevo y original sobre la propia vida y toda la realidad. Cuando esta pertenencia se hace frágil en la conciencia y la vida, no se da este juicio original (la fuerza purificadora de la fe con respecto a la razón, para liberarla de la ceguera que la asedia) y termina por someterse a las instancias dictadas, impuestas por el poder y los intereses dominantes.

Vivir en la comunión de la Iglesia y dar testimonio de ella es la aportación fundamental para la construcción de toda comunidad humana y, al mismo tiempo, fuente, fuerza y apoyo para el compromiso de los fieles laicos al servicio del bien común. De hecho, en el plan de Dios, en su designio de salvación, la Iglesia es sacramento de comunión para el que todos los hombres están creados y al cual están destinados. Ella comunica la fuerza de la resurrección del Señor, la máxima revolución del amor, la rotura de toda cadena de esclavitud, la victoria sobre la muerte y la certeza de un destino bueno para lo humano. El Evangelio de Jesucristo es la buena noticia sobre «la dignidad y el valor propios de su humanidad»²⁴; es “mensaje de libertad y fuerza de liberación”²⁵; es esperanza presente de verdadera vida, de vida en abundancia y plenitud. Por ello, la contribución más grande e insustituible que la Iglesia puede dar a toda la sociedad es ser cada vez más ella misma, es decir dar testimonio de su vocación y misión como misterio de comunión, como sacramento de unidad entre los hombres. El *tremendum mysterium* es tal, que derriba los muros de la iniquidad, la división y la mentira, que separan y contraponen a los hombres y los pueblos se enfrenten, y les llama a que se reconozcan, mediante el bautismo, como “miembros de un mismo cuerpo”, todos hechos “uno en Cristo” (cfr. *Ga* 3, 28; *Col* 3, 11), en aquel “signo de unidad” y “vínculo de caridad” que es la eucaristía²⁶. De este modo, la Iglesia se presenta como *forma mundis*, humanidad

²⁴ JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor Hominis*, n.º 10.

²⁵ Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Instrucción sobre algunos aspectos de la «Teología de la liberación»* – *Libertatis Nuntius*, 6 de agosto de 1984 (versión sólo en inglés).

²⁶ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, n.º 47.

reconciliada por el amor misericordioso de Dios, en el que se viven relaciones caracterizadas más por el ser que por el tener, unidos en una fraternidad sorprendente, germen y signo, anticipo y corriente de una nueva sociedad dentro del mundo.

Mientras que todas las utopías humanas de construcción de la comunidad perfecta terminan en una “torre di Babel”, o incluso en un infierno real, es esta la comunión que anhela el “corazón” de la persona y a la cual todos los hombres están llamados y destinados. A pesar de ello, se hace el mal que no se quiere y no se hace el bien que se quiere; el hombre se convierte en el “Caín” de su hermano, los intereses egoístas prevalecen sobre el bien común, la amenaza de la muerte provoca cadenas de violencia y explotación, la dialéctica de la enemistad se insinúa en todas partes, y la muralla de la iniquidad permanece erguida en el corazón del hombre y en la convivencia social y política. Es necesario que algo ocurra y que venga alguien a rescatarnos de la corrupción y a realizar aquella comunión que nosotros no conseguimos conquistar únicamente con nuestras fuerzas desordenadas. Sólo la misericordia de Dios, gracias a la encarnación y a la pascua de Jesucristo – ¡“Redemptor Hominis”!, en la más radical y total liberación de toda esclavitud y servidumbre – y por la gracia del Espíritu Santo, comunicadas por la Iglesia, nos salva de los límites y desórdenes que nos encadenan y nos regenera como hijos de Dios en una comunión fraterna inquebrantable. Nuestro testimonio debería suscitar el mismo estupor de los paganos ante los primeros cristianos: “¡Mirad cómo se aman!”; ¡es algo del otro mundo dentro del mundo! Es posible vivir así a pesar de llevar este misterio de comunión en vasijas de barro.

La pertenencia a la Iglesia vive de la caridad y llama siempre a la gratuidad, proponiendo un “modelo de unidad” como experiencia presente. Sólo un amor más grande que nuestras medidas humanas es fuente de energía y guía para reconstruir los vínculos de participación y convivencia, solidaridad y fraternidad. Por ello, la Iglesia siempre es generadora y regeneradora de personas, de comunidades y pueblos. Es

verdad lo que subrayaba S.S. Juan Pablo II en la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, cuando advertía que para «rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana» es necesario «que se rehaga la cristiana trabazón de las mismas comunidades eclesiales»²⁷ para que éstas reflejen y comuniquen, con la mayor transparencia posible, el misterio de comunión que es la Iglesia.

Vivir la Iglesia como «la casa y la escuela de la comunión»²⁸ es un bien para todas las comunidades humanas, y es la experiencia sustentadora que el cristiano comunica en cada ambiente, compromiso y actividad. Cuanto más se encuentren los cristianos en las fronteras de la política, las ciencias y la lucha social, cuanto más serán sacudidos por desafíos y opciones complejas, cuanto más abiertos al enfrentamiento y a la colaboración con gente de diferentes convicciones..., tanto más han de estar vital, intelectual y espiritualmente arraigados en el cuerpo eclesial.

En 1981, a cien años del nacimiento de De Gasperi, Juan Pablo II le rindió homenaje, afirmando que «en él la fe fue centro inspirador, fuerza cohesiva, criterio de valores, razón de opción»²⁹. «Por eso, no sorprende saber – dice de él Benedicto XVI – que en su jornada, llena de compromisos institucionales, ocupaban siempre un amplio espacio la oración y la relación con Dios, comenzando cada día, cuando le era posible, con la participación en la santa misa. Más aún, los momentos más caóticos y turbulentos marcaron el culmen de su espiritualidad»³⁰. Esto cabría esperar de cada fiel laico comprometido en la vida política: una fecunda síntesis entre contemplación y acción.

Las paradojas del Evangelio

²⁷ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles Laici*, n.º 34.

²⁸ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n.º 43.

²⁹ Citado por BENEDICTO XVI, *Discurso en a los miembros de la Fundación Alcide De Gasperi*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua española, 3 de julio de 2009, p. 10.

³⁰ *Ibíd.*

Es en esta experiencia de comunión donde los fieles laicos aprenden a vivir su fe cristiana en la comunidad política según las paradojas del Evangelio. Estas paradojas ya fueron bien ilustradas en la descripción de los primeros cristianos que ofrece la Carta a Diogneto: «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. [...] Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo»³¹.

Son paradojas que valen tanto ayer como hoy. De hecho, los fieles laicos están invitados a comprometerse en la política como ciudadanos, como todos sus compatriotas, dándole mucha importancia a una vida buena en la ciudad humana, pero se definen sobre todo por su pertenencia a la comunión de la Iglesia. Ellos son cristianos en la política, aunque la Iglesia no sea un sujeto político, no tenga una finalidad política y no tenga como referencia la conquista y el apoyo del poder

³¹ ANÓNIMO, *Carta a Diogneto*, cfr. http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010522_diogneto_sp.html.

político³². El Reino de Dios no puede ser producido por la política, y la fe no puede ser subalterna y estar subordinada a la política. Esto no quiere decir que la Iglesia se desinterese de la vida pública de las naciones, que no abrace la totalidad de sus dimensiones fundamentales y englobantes, que ella misma no esté implicada en la vida y el destino de las naciones y que no nutra un profundo interés por el bien de la comunidad política, cuya alma es la justicia³³. Es más, su contribución original es decisiva en la formación y el destino de las naciones, a través de un siempre perseverante recomenzar de la conversión y educación de toda persona, de los contenidos de verdad, amor y unidad que comunica en la vida de los pueblos, de la forja de energía de libertad, dignidad, fraternidad, laboriosidad, sacrificio solidario, reconciliación y justicia, de las luces de su doctrina social.

Es verdad que los cristianos tienen que escuchar y seguir el magisterio de los pastores en relación a su comportamiento en la *polis*, pero deben actuar en ella en base a su propia libertad, iniciativa y responsabilidad, sin pretender representar a la Iglesia ni implicarla en las propias opciones políticas.

Los cristianos saben perfectamente que la política tiene su propia autonomía y consistencia, porque aquel “dad al César lo que es del César” indicado por Jesús es el principio originario de la laicidad del Estado, preciosa herencia siempre crítica de toda forma teocrática, de todo fundamentalismo ideológico o religioso, porque éstos llevan a la violencia contra la libertad. Ayer hemos sufrido la terrible experiencia de los estados confesionalmente ateos como postulado ideológico, y hoy se impone la “Sharia” como ley en muchos Estados. Al contrario, la política, como organización de la convivencia sobre bases liberales, es del orden de lo relativo; no se puede convertir en absoluto. Pero los cristianos saben también que todo poder viene de Dios, para que se ordene y ejerza en el propio ámbito y según su finalidad, y que el

³² Cfr. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est*, n.º 28.

³³ Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso en el IV Congreso nacional de la Iglesia italiana en Verona*, en: “L’Osservatore Romano”, ed. en lengua italiana, 19 de octubre de 2006; Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, cit.

“dar a Dios lo que es de Dios” significa que los cristianos, libremente comprometidos en la vida política, obedecen sobre todo a Dios según la ley que Él mismo inscribe en la conciencia humana y según lo que Él mismo comunica y enseña en la gran tradición católica y el magisterio de la Iglesia. Pretender dejar a Dios fuera de la vida pública no sólo es imposible, sino que también radicalmente dañino para el bien de la comunidad política. Los cristianos comprometidos en la política son testigos de Cristo en este ámbito.

Los fieles laicos comprometidos en la política saben que ésta no se puede disociar de la ética y que a menudo están en juego graves cuestiones morales en los debates y las deliberaciones políticas, por lo que no pueden aceptar «la alianza entre democracia y relativismo»³⁴, donde la cuestión de los fundamentos y presupuestos de la comunidad política es sustituida sólo por normas de procedimiento sobre los consensos, siempre provisionales y cambiantes. Esto deja la democracia vacía, en condiciones de fragilidad y confusión. Y mientras se niega por vía teórica una verdad ontológica sobre el hombre, el poder impone, por vía legislativa y a través de los medios de comunicación, una propia ontología y antropología. Saben los cristianos que no se trata de pretender imponer un “estado ético” a sociedades cada vez más multiculturales. Sin embargo, podrán y deberán apelar, lo más razonable y persuasivamente posible, a la “ley natural” – de donde toda ordenación jurídica toma su legitimidad, «el único baluarte válido contra la arbitrariedad del poder o los engaños de la manipulación ideológica»³⁵ -, pero conscientes de que el ofuscamiento de las conciencias y el prevalecer de los intereses arbitrarios a menudo lleva a la confusión y la violencia.

La novedad de la distinción entre comunidad política y comunidad religiosa, que el cristianismo ha aportado al desarrollo de la civilización, no sólo ha

³⁴ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Veritatis Splendor*, n.º 101; cfr. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus Annus*, n.º 46.

³⁵ JOSEPH RATZINGER, *Iglesia, Ecumenismo y Política. Nuevos ensayos de eclesiología*. BAC, Madrid, 1987.

desacralizado todo poder político sino que ha relativizado también la política. Si todo es política – como se decía en los tiempos de la embriaguez de la híper politización –, la política ciertamente no es todo, ni tampoco la cosa más radical y decisiva en la vida de las personas y de la misma *polis*. No es la política la que puede dar respuesta a los deseos de verdad y felicidad, de comunión y de amor, que son exigencias constitutivas y sin límites de la naturaleza humana, que reclaman su plena realización. Cuando el Estado pretende ignorar o reducir estos deseos, comete una agresión contra la “dignidad trascendente de la persona”; cuando, en cambio, pretende darles una respuesta y satisfacerles, se atribuye un poder salvador que no hace otra cosa que generar un infierno. Los cristianos saben que el compromiso político requiere una dedicación apasionada, pero al mismo tiempo saben también que la política no es todo ni la cosa principal. Es más, «el primer servicio que presta la fe a la política es – según escribió el cardenal Joseph Ratzinger – liberar al hombre de la irracionalidad de los mitos políticos», que se atribuyen poderes mesiánicos y salvadores, retomando la fe cristiana y a la vez eliminándola y sustituyéndola con una esperanza superior del hombre. «No es moral el moralismo de la aventura que pretende realizar por sí mismo lo que es Dios. En cambio, sí es moral la lealtad que acepta las dimensiones del hombre y lleva a cabo, dentro de esta medida, las obras del hombre. No es en la ausencia de toda compromiso – concluye el cardenal en forma paradójica –, sino en el mismo compromiso donde está la moral de la actividad política»³⁶.

Además, los cristianos están llamados a dar testimonio de que el poder es servicio y a rehabilitar de este modo el sentido más excelso de la política, pero sin contraponer el poder y el servicio. No son “ángeles” impotentes en la política. Saben que la política implica la lucha por el poder... ¡para poder servir mejor! Mas su referencia ideal no es la del poderoso, sino la del necesitado, de aquel que sufre, del pobre – en el que se refleja el rostro del Señor –, porque para ellos la “caridad

³⁶ JOSEPH RATZINGER, *Iglesia, Ecumenismo y Política*, cit.

política” es la búsqueda y la lucha por encontrar los mejores modos institucionales para dar de comer al hambriento, dar de beber a los que tienen sed, vestir al que está desnudo, dar posada al peregrino, cuidar de los enfermos, encarcelados y perseguidos... Hoy podríamos continuar diciendo: proteger la vida de los más débiles, favorecer el matrimonio y la familia, dar trabajo al parado, acoger al migrante y a los refugiados... ¡Qué es más paradójico que el vivir las bienaventuranzas en la vida pública! Bienaventurados los pobres, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los puros de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos a causa de la justicia. ¡Incluso se pide amar a los enemigos!

Para hacer todo esto, la política tiene que ver con los cambios de las leyes y las estructuras que regulan la vida de la sociedad en muchos campos. No faltan estructuras – incluso son llamadas “estructuras del pecado” – que mantienen situaciones de injusticia, desigualdad y discriminación, pero para el cristiano todo cambio verdadero comienza, se renueva siempre y se dilata desde el “corazón” de la persona. Por ello, hay que volver a comenzar siempre desde la persona, hecho que puede parecer como una finalidad ínfima y desproporcionada frente a los grandes escenarios de la política y de las cuestiones globales. En realidad, se trata de abandonar el pensamiento engañoso e ilusorio de que tal o cual modelo o sistema, en virtud de sus mecanismos, pueda sustituir el cambio en el corazón de la persona, ahorrándole, caso por caso, el esfuerzo de decidirse por el bien. Este es el realismo cristiano en la *polis*, que se propone, sobre todo, el rescate de la persona y de sus obras, congénitamente frágiles, reformables y mejorables.

¿A qué sirve ganar todo el mundo si después se pierde el alma? ¿Cuál es el sentido de todos los esfuerzos, sacrificios, luchas y esperanzas por una mayor justicia, si todo se concluye con la muerte? Debemos ser cristianos apasionados en la custodia de la libertad, para que se abran los caminos de paz y justicia, para hacer todo lo

posible por promover un desarrollo integral y solidario, pero conscientes de que la gran esperanza, más allá de todo límite y fracaso, está en la victoria definitiva del amor sobre el odio, la violencia y la mentira y se realiza plenamente en la morada de Dios.

Los cristianos no pueden liberarse de estas paradojas evangélicas, que están al centro de toda auténtica formación cristiana de los fieles laicos. A éstas siempre deben orientarse, de éstas depende la calidad de su testimonio y contribución en la comunidad política.

A la luz de la Doctrina Social de la Iglesia

El juicio de los cristianos sobre las diferentes situaciones históricas y sociales y su compromiso y contribución política encuentran un alimento sustancial, como fuente de inspiración y guía, en las enseñanzas y orientaciones de la Doctrina Social de la Iglesia. Ésta es el fruto del encuentro del Evangelio con los problemas que van surgiendo en la vida social. Desde siempre pertenece a la tradición de la Iglesia. Es el flujo de la caridad que va al encuentro de las necesidades de los hombres. Con la encíclica *Rerum Novarum* la doctrina social entró en una fase moderna de codificación orgánica bajo las repercusiones de la constitución y el desarrollo de las ciencias sociales, la propagación de la revolución urbano-industrial y el surgir de nuevos movimientos históricos e ideológicos, que plantearon renovadas exigencias y desafíos para el relanzamiento de la Iglesia. Desde entonces, «se ha formado ya un “corpus” doctrinal renovado, que se va articulando a medida que la Iglesia, en la plenitud de la Palabra revelada por Jesucristo y mediante la asistencia del Espíritu Santo, lee los hechos según se desenvuelven en el curso de la historia. Intenta guiar de este modo a los hombres para que ellos mismos den una respuesta, con la ayuda también de la razón y de las ciencias humanas, a su vocación de constructores

responsables de la sociedad terrena»³⁷. La Doctrina Social de la Iglesia sufrió una fase de eclipse en la conciencia de muchos cristianos inmediatamente después del Concilio, pero se renovó profundamente durante el pontificado de Juan Pablo II en sus fundamentos teológicos, antropológicos y culturales y en su adhesión histórica. Este patrimonio se ha resumido sistemáticamente en el “Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia”³⁸.

Ahora bien, una renovada presencia de los católicos en la vida pública requiere la más plena integración de las enseñanzas sociales de la Iglesia en los itinerarios y contenidos de la catequesis y de la formación cristiana. De parte los fieles laicos requiere fundamentalmente su estudio, su fiel asimilación, su asunción como «principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción»³⁹. El trípode sobre el que se basan estas enseñanzas tiene una gran potencialidad para guiar el análisis y la transformación social de nuestro tiempo: la dignidad de la persona humana (jamás reducida a partícula de la naturaleza, a un mero anillo de la cadena biológica, a un elemento anónimo de la *polis*, a una herramienta o a mano de obra...), la subsidiariedad (como valoración de la subjetividad personal y social en el ejercicio de la libertad, responsabilidad y participación de los individuos, las familias y los “cuerpos intermedios”, más allá de la estrechez de la bipolaridad Estado-mercado) y la solidaridad (animada por la caridad del “buen samaritano”, de la caridad de las obras y de la caridad política, en el horizonte de «globalizar la solidaridad»)⁴⁰.

En el *corpus* de las enseñanzas de la Iglesia hay algunos principios fundamentales e irrenunciables para la construcción de una sociedad verdaderamente humana. La dignidad trascendente de la persona humana implica la indisponibilidad de la vida y su defensa, desde la concepción hasta la muerte natural, la libertad

³⁷ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, n.º 1.

³⁸ PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Libreria Editrice Vaticana, 2005.

³⁹ PABLO VI, Carta apostólica *Octogesima Adveniens*, n.º 4.

⁴⁰ PONTIFICIO CONSEJO “JUSTICIA Y PAZ”, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, cit. n.º 321

religiosa y educativa que son el fundamento de todas las demás libertades, la familia fundada en el matrimonio⁴¹. Además, los fieles laicos tienen que tener la máxima consideración de otros aspectos de importancia fundamental en relación a la política y a todos sus programas. Entre otros, se pueden enumerar algunos de actualidad particular: la inversión en la educación, el cuidado y fructificación del capital humano, social y cultural de las naciones; el fomento de una auténtica calidad de vida, de una ecología humana de la convivencia, de una protección y un desarrollo del tejido familiar y social de las naciones; la búsqueda de nuevos modelos de desarrollo, a través de sinergias entre Estado, mercado, familias y grupos intermedios de la sociedad civil, que sepan combinar eficazmente el crecimiento económico, la equidad social y la lucha contra la pobreza; el señorío sobre el progreso tecnológico compartido y puesto al servicio de todo el hombre y de todos los hombres, según las medidas éticas y no sólo de factibilidad; el cuidado particular y preferencial de los necesitados y de los que sufren, con especial atención de todas las formas y situaciones de pobreza material, moral y espiritual, presentes en la sociedad de hoy; el rechazo de la violencia, la guerra y el terrorismo, en la búsqueda realística y audaz, sin “irenismos”, de todo lo que puede llevar hacia la reconciliación y la paz; la promoción de la solidaridad, de la equitativa distribución de los bienes de la tierra, de la protección del ambiente y la seguridad, en el camino hacia la construcción de una auténtica comunidad mundial de la familia humana⁴².

Es cierto, si la doctrina social de la Iglesia queda limitada a la reiteración genérica de sus “principios” y “valores”, a la exegesis autorreferencial de sus contenidos y a la consideración meramente académica, corre el peligro de convertirse en estéril. Ella pertenece al dominio de la moral social, es decir es fundamento, criterio y motivación para la acción. «Hoy más que nunca – escribía Pablo VI –, la Palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada si no va acompañada del

⁴¹ Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, cit., n.º 4.

⁴² Cfr. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in Veritate*.

testimonio de la potencia del Espíritu Santo, operante en la acción de la comunidad cristiana al servicio de sus hermanos y hermanas, en los puntos donde se juegan éstos su existencia y su porvenir»⁴³. Juan Pablo II corroboraba que «hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras, antes que por su coherencia y lógica interna»⁴⁴. Lo que está en juego no es una ideología o la discusión sobre los “máximos sistemas” sino la verdad, la vitalidad y fecundidad de una experiencia cristiana que se irradia en todos los ambientes, estructuras y circunstancias de la sociedad.

Por ello, la doctrina social de la Iglesia no se puede reducir a un discurso, no se evapora en la retórica de los valores, no provoca sólo una letanía de denuncias, no confía en modelos prefabricados, sino que afirma y sostiene la vida, un movimiento, un cambio de la realidad en el sentido más humano. De hecho, Juan Pablo II reconoce en la tradición de la doctrina social de la Iglesia «la actividad fecunda de millones y millones de hombres» que, «actuando individualmente o bien coordinados en grupos, asociaciones y organizaciones, [...] han constituido como un gran movimiento para la defensa de la persona humana y para la tutela de su dignidad, lo cual, en las alternantes vicisitudes de la historia, ha contribuido a construir una sociedad más justa o, al menos, a poner barreras y límites a la injusticia»⁴⁵.

La cuestión preliminar y esencial, pues, es la de sujetos reales que no sólo conozcan bien estos principios, criterios y directivas, sino que sepan inculturarlos, traducirlos con inteligencia y competencia, tanto como hipótesis de análisis y juicio de sociedades cada vez más complejas, como de construcción de obras sociales, educativas, productivas, culturales, caritativas, que vayan al encuentro de las necesidades humanas y abran caminos hacia formas de vida más humana, y como criterios de compromiso político, legislativo y administrativo al servicio del bien

⁴³ PABLO VI, Carta apostólica, *Octogesima Adveniens*, n.º 51.

⁴⁴ JUAN PABLO II, Carta encíclica *Centesimus Annus*, n.º 57.

⁴⁵ *Ibíd.* n.º 3.

común. Esto es un llamamiento dirigido, sobre todo, a los católicos, pero hay que tener presente que la misma doctrina social propone también principios y criterios fundados a nivel racional, radicados en la ley natural, razonables y adecuados para el bien de la persona y la convivencia social. Por ello, desde la Iglesia también se proponen a los cristianos de otras Iglesias y comunidades y asimismo a todos los hombres de una recta conciencia y buena voluntad. Es más, su influencia será aún más eficaz y amplia si se convierten en criterios de inspiración y orientación, más allá de los confines eclesiales, sobre todo de activistas sociales, dirigentes políticos y sectores intelectuales.

Identidad cristiana y colaboración en la dialéctica democrática

Los cristianos participan, junto a los demás ciudadanos, en la vida política. Están siempre abiertos al diálogo y a todas las colaboraciones posibles. No por ser cristianos son los mejores políticos. No tienen en el bolsillo las soluciones políticas. Saben enriquecerse de la experiencia y la sabiduría política en los diferentes contextos y circunstancias. No pretenden ni buscan dominios ni hegemonías. La conciencia de la propia vocación y misión no les separa ni les aleja de los demás en la búsqueda del bien común. Al contrario, les permite tener una mirada atenta y un ímpetu capaz de captar y valorizar todo el bien que se encuentra más allá de los propios límites confesionales y de fomentar todas las convergencias que existan para el bien de las personas, las familias y las naciones.

No se trata, evidentemente, de atrincherarse en la resistencia defensiva y blandir postulados de la revelación cristiana que deberían ser respetados e incluso impuestos por un “Estado católico”, como aún sostienen algunos sectores minoritarios de tradicionalistas recalcitrantes. La fuerza y coherencia en la afirmación de la identidad cristiana no pueden llevar a un repliegue ensimismado, sino que tienen que ser fuente y sostén para una apertura al diálogo y al debate democrático.

En medio de una ciudadanía cada vez más multicultural, caracterizada por una gran diversidad de actitudes éticas y convicciones religiosas e ideológicas, es necesario participar en este diálogo democrático a la luz de la *recta ratio*, que ayude a reconocer lo que es justo aquí y ahora y a ponerlo en práctica. Cuando estén en juego cuestiones éticas, éstas no sólo se ponen dentro de los límites confesionales, sino que llaman a la conciencia de toda persona, de todo político.

La fe de los cristianos, llamada a proponer una calidad ética en la esfera pública, debe expresarse según la argumentación racional y el debate abierto que es típico de la deliberación política. En la política importa la conquista del mayor consenso posible. El más amplio consenso posible se debe fundar, sobre todo, en el reconocimiento y la promoción de los valores fundamentales, arraigados en el “corazón” de la persona y en la tradición de los pueblos y las naciones, que sean aptos para el discernimiento, búsqueda y construcción de estructuras que favorezcan relaciones de mayor justicia en los diferentes contextos y circunstancias. Esto está unido a la recuperación del concepto de la ley natural – que no es una “invención católica” – como principio de referencia para la acción política en una sociedad laica y pluralista. La participación de los cristianos en la vida política tiene que saber combinar adecuadamente una referencia racional a los principios, valores y derechos con el “arte del compromiso”, que pertenece a toda actividad política, y con la búsqueda del consenso en el diálogo democrático para hacer que progresen las propuestas que se aproximen a la consecución del bien común.

Necesidad de acompañamiento

Si la pertenencia y el sentido de comunión en la Iglesia son esenciales para el compromiso social y político de los cristianos, es importante tener bien presente los lugares y tiempos eclesiales para su acompañamiento comunitario, la alimentación de su fe, el discernimiento de su compromiso y sus opciones, el apoyo de su “buena

batalla”. Una presencia renovada, exigente y coherente de los católicos en la vida pública no se puede reducir a una especie de “francotiradores” aislados, en diáspora, donde no faltan testimonios individuales ejemplares, pero donde están presentes también aquellos cuya confesión cristiana parece irrelevante e incluso superflua con respecto a su concreto compromiso político.

A veces son los mismos Obispos los que apenas conocen los “recursos humanos” con los que la Iglesia puede contar en los más diversos campos del empresariado, de los medios de comunicación, de las universidades y laboratorios de investigación, del sindicalismo y la política. A menudo prevalece la actitud eclesiástica que cuida de la funcionalidad de la máquina pastoral, en formas tan autorreferenciales, que se distancia de los católicos comprometidos en la vida política. Otras veces cunde el temor de que se confunda la libertad de la Iglesia con las opciones políticas que ellos asumen. Hay posturas pastorales que dan la impresión de un “lavarse las manos”, queriendo ahorrarse el esfuerzo del discernimiento y la orientación. Es poco frecuente que los Pastores convoquen a los políticos – y a los empresarios, sindicalistas y artistas... - por un lado para conocerles mejor, escucharles, consultarles, valorar y animarles en su testimonio, y también para “utilizarles” (¡en el buen sentido!), y, por otro lado, para confirmarles y edificarles en la fe, para reunirles en momentos de oración, para compartir con ellos las enseñanzas de la Iglesia, para enfrentar juntos, desde una profunda inteligencia cristiana, los problemas concretos y cruciales que se presentan en la actualidad. En algunos lugares se han creado capellanías para acompañar a los políticos y, en modo especial, a los católicos en la vida política.

La participación en la comunidad parroquial, especialmente en la misa dominical, es siempre muy importante, pero a veces no es suficiente como respuesta a las necesidades que tienen los católicos comprometidos, absorbidos por los diferentes campos de acción y los debates de la vida pública.

Las asociaciones de los fieles y los movimientos eclesiales son, por lo general, los lugares y las compañías más adecuadas para responder a estas necesidades, ya que como comunidades cristianas abrazan concretamente la vida de las personas a la luz de la fe, la alimentan, la apoyan y la hacen crecer en todas las implicaciones y dimensiones cristianas hasta su verificación en los diferentes sectores de la existencia. Es difícil, para los que viven su vocación cristiana en la política, mantenerse libres de las seducciones del poder, no dejarse absorber por las lógicas mundanas, no traicionar a los que representan, y crecer, en cambio, en la experiencia viva de la originalidad y fecundidad de la fe en el obrar político; es difícil si les falta una comunidad cristiana, una red de amigos cristianos, que les recuerden las razones que les han inducido a hacer política. Además, el asociacionismo favorece la formación y el protagonismo de los fieles laicos que trabajan, más que en los ambientes restringidos por la territorialidad parroquial, en los “areópagos” funcionales de la sociedad, suscitando un intercambio mucho más amplio de experiencias a nivel nacional y también internacional.

Una gran parte de las generaciones católicas comprometidas en la política a partir de las primeras décadas del siglo XX fue formada, alimentada y sostenida por una fuerte pertenencia a la Acción Católica. No es casualidad que haya habido una concomitancia entre las crisis del asociacionismo católico, padecida desde fines de los años sesenta hasta los años ochenta, un déficit de la presencia laical en la vida política y un impacto de las fuerzas secularizadoras de la política en la vida de los cristianos.

También frente a este desafío, ha sido un signo de esperanza el surgir y el desarrollarse de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, en el cuadro de una nueva época asociativa de los fieles. Son sobre todo realidades eclesiales, pero desde otro punto de vista también se podrían considerar sujetos políticos, porque

fomentan la formación y la acción de protagonistas nuevos en la *polis*, reforzando la libertad, responsabilidad, participación social y las iniciativas por el bien común, incrementando el capital humano. Al referirse a la “notable ausencia” de un liderazgo católico, el papa Benedicto XVI, en Aparecida, destacó el «amplio campo» que tienen los movimientos eclesiales «para recordar a los laicos su responsabilidad y su misión de llevar la luz del Evangelio a la vida pública, cultural, económica y política»⁴⁶. Los frutos de su educación cristiana en todos los ambientes de la sociedad, sobre todo en la política, ya son visibles pero aún no se han extendido, crecido y madurado suficientemente.

Unidad y pluralidad

Los cristianos que están comprometidos en la vida política tienen que ser también educados a vivir su unidad en la pluralidad de las opciones políticas.

Por un lado, la doctrina social de la Iglesia nunca ha pretendido traducirse en una ingeniería social prefabricada, lista para ser utilizada, formulando «soluciones concretas – y menos todavía soluciones únicas – para cuestiones temporales, que Dios ha dejado al juicio libre y responsable de cada uno»⁴⁷. Por otro lado, hay cuestiones irrenunciables e incluso no negociables en el compromiso de los católicos en la vida pública. Ellos saben reconocer que una misma fe puede llevar a diferentes compromisos y opciones ante la complejidad de las circunstancias y la pluralidad de interpretaciones y de vías relativas a la búsqueda del bien humano y social. No obstante, los católicos no pueden asumir cualquier tipo de opciones, porque hay algunas que contradicen su fe. «Esta concepción relativista del pluralismo no tiene nada que ver con la legítima libertad de los ciudadanos católicos de elegir, entre las opiniones políticas compatibles con la fe y la ley moral natural, aquella que, según el

⁴⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, cit. n.º 4.

⁴⁷ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, cit. n.º 3.

propio criterio, se conforma mejor a las exigencias del bien común»⁴⁸. No pueden pretender conjugar su fe con ideologías, cuyos presupuestos filosóficos se oponen a ella y su praxis histórica ha demostrado ya la devastación humana que han provocado. No se puede ser a la vez cristiano y marxista, ni se puede ser cristiano y profesar un neoliberalismo radical. Los católicos tienen que saber aceptar los puntos firmes y las posturas comunes que se comparten ante cuestiones sociales que ponen en juego opciones éticas fundamentales, a estar también unidos políticamente en obediencia a las indicaciones prudenciales de sus pastores cuando lo requiera el supremo bien de la nación o en coyunturas muy críticas de la vida eclesial. Ninguna imposición del partido político, del que se forma parte, puede inducir a los cristianos a atentar contra los principios no negociables y a desatender los demás criterios fundamentales de la doctrina social de la Iglesia, afirmando, cuando sea necesario, el derecho a la libertad y a la objeción de conciencia.

Por último, es necesario que se cultive una cierta tensión hacia la unidad entre los católicos que trabajan en los diferentes ámbitos de la vida pública. Es un síntoma negativo si los católicos que asumen responsabilidades políticas, empresariales, sindicales y en otros campos de la vida pública, no sienten la necesidad y la exigencia de encontrarse, y de hacerlo porque están unidos por algo radical y totalmente más importante que las diferentes opciones que se asumen legítimamente en estos ámbitos.

Si se pertenece a un misterio de comunión más profundo, decisivo y total que los mismos lazos de sangre, con mayor razón esta pertenencia tiene que ser prioritaria y preeminente con respecto a cualquier legítimo pluralismo temporal entre los católicos. La experiencia de esta pertenencia no es algo que se añade a otras formas de asociación, lo que sería vivir la Iglesia no como miembros del cuerpo de Cristo, sino como simples participantes de una institución con finalidades religiosas y

⁴⁸ *Ibíd.*

morales. Pero la Iglesia no es esto. La fragilidad y la pobreza de esta pertenencia hacen que la Iglesia ya no sea el lugar de donde proceden y donde se nutren los criterios que iluminan los comportamientos y las opciones de los laicos en la vida pública. Sólo la experiencia de la comunión – no el aislamiento o la diáspora en el mundo – genera e irradia libertad y originalidad ante las presiones del ambiente que empujan a adaptarse y llevan a la asimilación. De otro modo, quedarían sujetos a los reflejos ideológicos, a los prejuicios de determinadas estructuras mentales o a los intereses dominantes que predominan en los diferentes sectores sociales.

Por el contrario, la experiencia de comunión – que encuentra su fuente y culmen en la Eucaristía – tiene que dilatarse como una unidad manifiesta de los cristianos en todos los ambientes de la convivencia humana. Esta pertenencia a la comunión eclesial se debe experimentar como la más apasionante y determinante pertenencia de la propia vida, también frente a cualquier otro interés material, afectivo o espiritual, a cualquier otro sentido de solidaridad social, político, cultural o ideológico. Sólo así se darán las condiciones para un testimonio de la unidad en la multiformidad: la adhesión a la unidad en lo esencial – la plenitud de la fe católica – y la tensión hacia la unidad en los diferentes ámbitos de la vida política – para dar testimonio de la comunión a la cual todo hombre es llamado – permiten superar los círculos viciosos que se instauran entre los que pretenden atribuir exclusivamente a las propias opciones contingentes el carácter católico y los que caen en pluralismos disgregantes, caracterizados por el relativismo cultural y moral.

Repensar las elecciones y las modalidades pastorales

Está claro que es urgente concentrar inversiones educativas y pastorales en la formación y el acompañamiento de nuevas generaciones de católicos, que sepan estar presentes en la vida política con pasión, inteligencia y tensión en la coherencia, animados por su fe, su entusiasmo misionero y de servicio al hombre y la sociedad,

como protagonistas en colaborar en la promoción de nuevas formas de vida más humanas, justas, pacíficas y fraternas, arriesgando bajo la propia libertad, iniciativa y responsabilidad, sostenidos efectivamente por las comunidades cristianas, guiados por sus Pastores, iluminados por la doctrina social de la Iglesia. No sirve para nada repetir mil veces en los discursos eclesiales las referencias al déficit existente al respecto y la urgencia de llenarlo. Esto termina en retórica que no deja huellas reales, mientras que la “máquina eclesiástica” continúa impertérrita las vías y los ritmos consuetudinarios. Habría que saber abrir más bien los ojos para ver dónde, cómo y cuándo se encuentran las experiencias positivas como respuesta a estos requerimientos, para saber valorarlas, intercambiarlas y difundirlas, para saber invertir inteligencia y creatividad tanto en el plano educativo como en el pastoral de modo que se hagan presentes en modos cada vez más extendidos e incisivos y para saber retomar en el magisterio pastoral todo lo bueno que se encuentra en ellas y proponerlo a toda la Iglesia.